

## INFORME

*Elaborado por:* Licda. Marianela Rojas Rodríguez

Aunque el término acción social tiene diferentes significados dentro del colectivo, siendo que incluso esta actividad es llamada de distintas formas en otros contextos, parece existir un consenso de que la proyección que tienen las instituciones de educación superior debería reflejarse en procesos de apoyo y acompañamiento a las comunidades, fortaleciendo la vinculación universidad-sociedad y transformando las realidades a partir del aporte de saberes de todos los individuos, procurando un bien común amparado en principios y derechos que universalmente han sido reconocidos por las naciones del globo.

A pesar de que no en todas las universidades se asegura un financiamiento para desarrollar extensión, las evidencias demuestran que, en el contexto de Latinoamérica y el resto del mundo, existen poblaciones en estados de vulnerabilidad que requieren una atención que no siempre es brindada por los gobiernos, por el hecho de que existe un trabajo interinstitucional poco articulado y los problemas que afectan a las comunidades humanas no son atendidos integralmente por todos los actores que deberían estar representados. Esta ha sido la antesala muchas veces para que las Universidades sean convocadas por el Estado, representado por sus instituciones gubernamentales, a participar como un ente más en los procesos que se gestionan local, regional y nacionalmente.

En esta ocasión, la Universidad de Costa Rica fue la sede para generar un espacio de reflexión que obligó a cada uno de los participantes, a ser auto críticos sobre el posicionamiento ideológico y político que asumimos los extensionistas al desarrollar nuestro quehacer.

La experiencia de las visitas realizadas a las comunidades donde se desarrollan estas iniciativas en las que participan las universidades públicas, ponen en cuestión el rol que deben asumir los participantes. No en todos los casos los procesos llegan a abordarse desde una mirada de los pobladores, sino desde la realidad vista por los académicos, quienes muchas veces solamente tienen una noción general. Los diagnósticos iniciales que se realizan ya tienen una predeterminación de las necesidades percibidas y que pueden ser evacuadas a partir de una limitada formación académica, la cual en muchos casos y dependiendo del área de conocimiento, brinda muy pocas herramientas metodológicas para analizar los entornos desde todos los factores que intervienen. En este sentido, lograr un trabajo interdisciplinario sigue siendo uno de los grandes retos del quehacer académico.

Lo anterior se ve reflejado desde las capacidades limitadas para manejar un lenguaje que sea inclusivo y adaptado a las poblaciones con las que se trabaja, que poseen características particulares, únicas, complejas, dinámicas e irrepetibles. Esto fue reclamado por uno de los representantes de las comunidades que asistió al evento, momento que marcó un antes y después. ¿Cómo podemos comunicarnos asertivamente con los miembros de la comunidad, cuando no hablamos el mismo lenguaje? ¿Cómo podemos comunicar en una época histórica donde las tecnologías han llegado a modificar las formas en que las personas se comunican entre sí?

A partir de esta pregunta, muchas otras se fueron generando. Se debe partir desde el reconocimiento de que todas las personas cuentan con habilidades y saberes que adecuadamente dirigidos, pueden propiciar cambios. El error de muchos académicos está en pensar que existe una única realidad. Esto incide incluso en el papel que llegan a desempeñar los estudiantes que participan muchas veces en los proyectos, quienes reciben una orientación dirigida primeramente a cumplir con una evaluación sumatoria mediada por criterios que no necesariamente se reflejan en los beneficios reales del aprendizaje y la valoración de la experiencia dentro del proceso formativo.

Escuela de Verano  
Extensión Universitaria/Acción Social  
Unión Latinoamericana de Extensión Universitaria  
Universidad de Costa Rica  
Universidad Nacional de Costa Rica

En este punto es muy importante valorar las enseñanzas aprendidas a través de las Iniciativas Estudiantiles (IE), las cuales son formuladas y ejecutadas por estudiantes, quienes asumen el protagonismo. Aunque están proyectados para un año plazo, la oportunidad que brindan para fortalecer una formación humanista puede verse beneficiada y potencializada cuando las comunidades meta son las mismas en las que crecieron y con la que poseen un arraigo. Esto les brinda una mejor comprensión de los entornos, lo que favorece a su vez prever las limitantes que podrían afrontar.

Sin embargo, una de las principales críticas que surgió sobre la metodología de la Escuela es el hecho que se minimizó el valor que habría tenido incluir al menos una de las comunidades en las que actualmente se ejecutan proyectos de IE.

Aunque la acción social, al igual que la investigación y la docencia, buscan finalmente mejorar la calidad de vida de la sociedad en su conjunto, el rol asumido por cada actor debe ser propositivo y buscar generar un impacto no solamente en la realidad más inmediata y atendiendo las necesidades básicas, sino incidiendo directamente sobre los determinantes socio ambientales que impiden el desarrollo de las comunidades.

Es por lo que nuevamente parece existir un factor común e ineludible. La acción social debe ir de la mano de un proceso educativo, pues es la única forma de evitar caer en un modelo asistencialista, que puede ser malinterpretado como extensión, el cual brinde capacidades útiles para organizar a las comunidades y que estas asuman el liderazgo.

Sobre este tema, una de las reflexiones discutidas se relaciona con el actuar ético de los académicos que se integran en estos procesos. Las Universidades han sido fuertemente criticadas por utilizar a los habitantes para extraer información, sin generar beneficios reales que se reflejen en transformaciones importantes.

Escuela de Verano  
Extensión Universitaria/Acción Social  
Unión Latinoamericana de Extensión Universitaria  
Universidad de Costa Rica  
Universidad Nacional de Costa Rica

La gran ironía de muchos de estos cuestionamientos es que las mismas Universidades no hemos logrado evolucionar hacia un proceso transformador, pues no existe un sentido de comunidad, integrador. Cuando se brindan los espacios para trabajar conjuntamente, cada una prima por obtener su propio beneficio. Incluso no hay una homologación conceptual de lo que se entiende por comunidad.

Por ello debe motivarse un trabajo para integrar comunidades de trabajo, constituidas por equipos de trabajo interdisciplinarios, conformados no solamente por la representación de los docentes, sino con igual representatividad de los estudiantes y administrativos. Debe aprovecharse la diversidad de conocimiento para enriquecer los procesos. Estos espacios son lo que propician que ocurra esa interacción y convivencia, necesaria para crear sentido de comunidad. Sin embargo, debe existir un compromiso de los participantes.